

VII

No hay que tener prisa, cuando se quiere conseguir un objeto oculto, seguramente y por caminos torcidos, Cleopatra no tenía prisa. Poco le importaban las semanas y los meses; la vida es larga, sobre todo cuando se sabe no perder ningún minuto. Por momentos creía avanzar en el camino que se había trazado; otros días parecía que de repente había retrocedido mucho, y que jamás llegaría á su objeto.

Una noche (era próximamente la época en que la corte abandonaba á San Petersburgo para instalarse en la residencia de verano de Tsarskoe-Selo), el gran Duque, atravesando, para ir á las habitaciones de la emperatriz, un salón desierto, vió á Cleopatra que venia hácia él.

Con una vacilación rara en su carácter, retardó su marcha, y hallándose en fin, cerca de ella, se detuvo.

Por la larga fila de salas, atrás y adelante, iban y venían una cantidad de personajes de toda especie, que no se ocupaban de ellos. El no pudo resistir al placer de mirar de cerca á aquella admirable joven, que por un privilegio raro nada perdía en un examen atento. El sentía también un deseo extraño de oírle hablar; el timbre de su voz rica y grave, que él había oído poco hasta entonces tendría otra sonoridad al dirigirse á él, en persona?

—¡Sola, señorita! ¿perdida en las vueltas de este laberinto?—dijo él con una ligera sonrisa.

Estoy cansada, monseñor. He tenido permiso para irme.

La voz de terciopelo temblaba imperceptiblemente al pronunciar estas palabras banales, y los ojos magníficos se habían bajado, mientras que una rosa ideal subía á las mejillas de mármol y las volvía más humanamente bellas.

Boris comprendió que hiciera esclavos á quienes ella se dignara sonreír.

—¿No está enferma, espero?—dijo el gran duque esforzándose por permanecer dentro de la fría cortesía que le convenía.

—¡Oh! no, monseñor un ligeró dolor de cabeza. Por otra parte, desde hace un momento, me hallo mejor.

Y le miró, á fin de que su mirada clara y tranquila desmintiese la audacia de sus palabras.

Y casi se irritó de que ella le mirase de aquel modo, y si ella hubiese obrado de otra manera, él la hubiese despreciado.

—Deseo que no sea nada grave,—dijo saludándola con aire ceremonioso.

—Buenas noches, señorita.

Le hizo una reverencia oficial, y se alejó sin volver la cara.

Cleopatra había triunfado en este encuentro, á pesar de su aparente derrota, porque

el gran duque se volvió para verla, y la miró desaparecer al fin de la fila de salones. Des pues de lo cual, atusándose los bigotes, continuó su camino.

El hielo estaba roto; luego se encontraron numerosas veces, y casi siempre Boris cambió algunas palabras con la "bella indiferente."

La corte se trasladó á Tsarskoe. Selo, y las entrevistas fueron más contadas, por más que Boris se mostró aquel verano más asiduo visitante de la corte imperial. Venía con gusto á pasar el día y aun la noche en el castillo, tomando una parte más activa que de costumbre en las pequeñas reuniones alegres del martes ó del juéves. Los sitios no eran completamente iguales; y por otra parte, podrian encontrarse en los jardines. Jardines peligrosos, donde los árboles tenían tantos ojos como hojas; ¿pero quién podía encontrar malicia en los encuentros fortuitos en un príncipe y de una señorita de honor, de el puente de mármol ó cerca del embarcadero, en una palabra en los lugares más frecuentados y más vistos de todo el parque?

Charamirof, con su mujer y sus cuñada había alquilado una de las má suntuosas,

plantas de aquella elegante poblacioncilla quintada como una decoracion, con el único objeto de servir como de dependencia al castillo. Polvorienta, mal sembrada, Tsarskoe-Selo no tendria ninguna razon de ser sin la residencia imperial: sus anchas calles de ángulos rectos están hechos para dar paso á un torrente de carruajes; dificilmente se encontrará donde comprar un pañuelo de bolsillo; en cambio, los artífices y joyeros son numerosos; ¿no es de necesidad que se pueda componer en una hora un brazaletes, algun medallon roto?

Era en esta residencia artificial donde Kamoutzine podia ejercer más ámpliamente su talento burlon. Sus bromas no eran siempre dictadas por el mejor gusto, pero ¡en el campo!..... La etiqueta, era ménos severa, se reia con más ganas y el dia en que imaginó embrollar todos los cuadernos de las piezas que habian de tocarse bajo las ventanas del palacio, produciendo ante el inexplicable espanto del director de orquesta, la más horrible cacofonía que se hubiese oido jamás, la familia imperial no hizo mas que reir.

El gusto de Irene se había vuelto muy de-

licado desde que era princesa, y las farsas de Kamoutzine tenian el don de ponerla furiosa.

—Ese hombre tiene bromas de horterá— dijo un dia á su marido.—No comprendo por qué le recibes. Y Cleopatra, á quien yo creía más difícil goza con él extraordinariamente. Cleopatra hizo un ligerísimo movimiento en el sillón donde se hallaba medio sepultada; pero Charamirof estalló con su risa bonachona.

—¡Kamoutzine! No hay hombre que me haga reir tanto, ¿Qué haríamos sin él? Nos moriríamos de aburrimiento.

Irene alzó desdenosamente los hombros.

—¡Sois todos los hombres iguales! dijo aquella Minerva de diecinueve años.—Lo comprendo en vosotros, porque todos, en general, teneis gustos poco delicados; pero en tí, Cleopatra.....

—A mí no me divierte—dijo esta en voz tranquila—solamente es un buen muchacho y como tiene gracia, no veo, en realidad, por qué yo había de ser más difícil de humor que la familia imperial, que lo tolera.

—¡Oh! tu eres una cortesana, dijo Irene en acento maligno. Espero que sustituirán á la primera favorita cuando presente su dimi-

sión ¡No faltaba más sino encontrar bueno todo lo que viene de arriba!...

—¡Irene! eres sediciosa—dijo Charamirof engrosando la voz.

—Ahí tienes otra de tus deplorables bromas—replicó ella en tono airado.

Pero no era fácil montar en cólera á su marido; Irene no obtuvo sino carcajadas como respuesta á sus salidas agrídulces. Tomó ojeriza, no al príncipe, quien despues de todo era dueño de la casa y de ella misma, sino á su hermana, á quien hacia moralmenté responsable de todas aquellas pequeñas reyertas.

Aunque la quinta que habitaba era vasta, no lo era tanto como el hotel de Charamirof, y tenían que vivir forzosamente en ella más cerca unos de otros. La habitación de Cleopatra, si no le hubieran dado este destino, hubiese sido el ropero más cómodo y más agradable para Irene. La princesa hubiera podido instalar allí todos sus vestidos, toda su ropa blanca, y hubiera ido allí á conferenciar diariamente con la hábil modista francesa, que estaba encargada de la confección de sus trajes de verano.

Charamirof, habiendo escogido esta pieza

para su cuñada, Irene se habia visto obligada á relegar á la señorita Luisa á una vasta sala, mal iluminada, que daba al patio, cerca de la cochera. La modista no cesaba de quejarse de "las malas luces" que la impedían coser, y de la vecindad que la obligaba á cerrar la ventana cuando se lavaban los carruajes. Estas quejas cotidianas habian terminado por exasperar á la jóven; en vez de imponerle silencio, se dejaba invadir de un creciente mal humor contra su hermana. Si no hubiera vivido con ellos, no hubiera habido este inconveniente.

Poco á poco llegó á concebir una verdadera antipatía contra Cleopatra y no pensó al fin sino encontrar el medio de desembarazarse de ella.

Pero no habia más que un medio; era menester que se casara. Así es que Irene empleó toda su inteligencia para decidir á su hermana á este objeto. Pero Cleopatra tenia un modo de dejar decir y de dejar hacer, sin oír ni ver lo que le desagradaba, que no habia medio de insinuarle nada: era preciso explicarse claramente.

Irene estuvo á pique de hacerlo en más de una ocasion; pero retrocedió siempre en últi-

tima hora. ¡Como decir en la cara á su hermana sin fortuna: "Me incomodas, me molestas, vete; y como no puedo echarte á la calle, cástate para desembarazarme de tu persona!"

Decididamente era imposible. Irene renunció á un ataque directo, pero se prometió en cambio, no perdonar ocasion de hacerlo si esta se presentaba alguna vez.

Neutof iba á Tsarskoe-Selo, como habia ido á San Petersburgo. Este hombre que no salia jamás de su castillo de provincia, que habia vivido doce años sin pensar casi en tomar el aire de las grandes capitales, se habia vuelto tan mundano como un chambelan. Muy amado en Palacio, allí pasaba con frecuencia la noche, y durante el día, veíanlo haciendo una série de visitas que concluían invariablymente en casa de Charamirot.

Irene no podia sufrirlo. Desde que notó que iba por Cleopatra, le tomó odio y se lo demostró de la manera más evidente. El viejo general era tambien de esos que no ven sino lo que les conviene: continuaba siendo extremadamente amable con la princesa, y colmaba igualmente á las dos hermanas de ramos de flores y de frutas heladas.

Irene, que se moria por los regalos, acogía las flores y los bombones con una sonrisa y reservaba todas sus asperezas para su hermana, responsable de las asiduidades de aquel cortesano, venido en mal hora. Era un motivo más para reñir con ella.

Pero no era más fácil desembarazarse de Neutof que de Cleopatra. La cólera progresiva de la dama se agitaba, furiosa en su impotencia, cuando la casualidad la hizo vislumbrar un día la posibilidad de una solución.

Bajo los árboles endebles del jardín de Charamirot, la sociedad habitual de Irene hallábase reunida, serian las cuatro de la tarde. Los canteros de los geráneos detestaban el sol, y para impedir que á los visitantes les ocurriera lo mismo, un enorme toldo tendido entre cuatro árboles arrojaba sobre el césped una sombra harto necesaria. Neutof se despidió de Cleopatra, y segun su costumbre, le besó la mano, cuando una de las damas que se hallaban presentes dijo á Irene:

—Mire usted al general; ¿no es conmovedor el afecto que siente por su hermana de usted? Dijérase que la adora. No hay sino los viejos hidalgos que den estas pruebas de

respeto afectuoso á las damas. En nuestros días se ha perdido esta costumbre.

Cleopatra habia ido á despedir á su viejo amigo hasta la puerta, y volvía con paso lento; la mirada de Irene la inspeccionó de piés á cabeza.... Era en verdad muy bella, pero muy fria y muy impasible..... Sin embargo, ¿podríanla turbar haciéndolo con destreza?... ¡Quién sabel..... Acaso se le encontraría el punto vulnerable á esta coraza de orgullo.....

Irene dejó trascurrir dos días; un instinto secreto de perversidad le habia enseñado que es menester dar á las cosas un aspecto de verosimilitud, haciéndolas retroceder un poco hácia el pasado, aunque este pasado no comprendiera sino veinte y cuatro horas; así, pues, una noche al volver de Palacio, Cleopatra la encontró en su habitacion, sentada cerca del escritorio sobre el que habia dos revistas y una novela comenzada á leer.

La primera impresion fué desagradable. Es muy raro que guste á alguien encontrar á nadie en su habitacion, á menos que sea la persona amada; además, Irene no habia entrado quizás dos veces en el cuarto de su

hermana desde que le habia ofrecido su hospitalidad. Al verla Cleopatra tuvo el presentimiento de alguna desgracia.

—¿Me esperabas? le dijo con aquella impasibilidad que constituía toda su fuerza.

—Sí, durante todo el día estás de servicio ó rodeada de tanta gente, que no se te puede hablar. En las comidas, mi marido está entre nosotras, y lo que tengo que decirte requiere que sea sin testigos.

Irene habia tomado para pronunciar este discurso, un aspecto de dulzura compasiva, que inspiró en seguida á Cleopatra los más negros presentimientos. No manifestó nada, sin embargo, y se sentó con mucha calma frente á su hermana.

—Tu eres mayor que yo, comenzó Irene, pero yo estoy casada, lo cual me da una ventaja sobre tí, querida hermana. Yo oigo muchas cosas que no llegan á tus oídos, y luego hay conversaciones que no se tienen en presencia de las personas de que se habla....

—¿Te han dicho alguna cosa mala de mí? dijo tranquilamente Cleopatra, posando sus dos manos, una sobre otra, en el filo de la mesa.

—De tí, no. . . . sin embargo, se hablan de cosas que podrian perjudicarte, quiero decir si no se detuvieran á tiempo las habladurías, se dice. . . .

—Ya van muchos *dicen*, interrumpió el jóven sin conmoverse. Presumo que no son las mismas personas las que hablan mal de mí y las que tienen la intencion de impedirlo. . . .

Herida en su diplomacia secreta, Irene apresuró el desenlace.

—En suma, puesto que eres tan incrédula, se dice que el general Neoutof te corteja con bastante intimidad. Le has concedido privilegios. . . .

—¡Irene! exclamó Cleopatra irguiéndose con altivez.

La princesa parecia bien endeble y hasta bien mezquina, al lado de aquella magnífica estatua de la Indignacion.

—Puedes echar tu reputacion por la ventana, si te agrada, repuso la malvada personilla, pero se habla de tí, y yo añado que tienen razon. Vuestros coloquios perpétuos han sido advertidos de todos, y cuando ven

además besarte las manos con cualquier motivo. . . .

Pudo seguir hablando á su gusto; ya no le escuchaba su hermana. Las malignas palabras de Irene habian hundido en su corazon una punta que penetraba cada vez más y ya no atendia sino á su agudo dolor, que sentia más adentro cada segundo.

Luego no bastaba estar sin tacha, era menester no aceptar los homenajes más respetuosos. . . . ¿Para agradar á quién? ¿Al mundo? El mundo no se ocupaba de esto y Cleopatra estaba bien segura que aquella pérfida insinuacion era únicamente obra de su hermana. ¿Qué quería aquella implacable hermana, á quien nada habia pedido, que la habia ofrecido su casa, y que ahora parecia reprocharle el que no la respetara?

—En fin, dijo alzando hácia su perseguidora sus ojos llenos de dignidad, pero donde á duras penas se sostenian las lágrimas; ¿qué quieres de mí?

—Que te cases, dijo brutalmente Irene, quien se levantó para salir.

—No quiero casarme ahora, repuso Cleopatra pesando sus palabras.

—Entonces comprenderás que las malas lenguas no están muy lejos de la verdad.

—¿Cómo puede ser eso? dijo la jóven con la misma tranquilidad, aunque palideciendo.

—Podieran decir que encuentras más ventajas encadenando al vi-jo Neoutof que casándote con un hombre menos rico....

—Irene, tu pierdes la cabeza, dijo Cleopatra con gran nobleza.

—De ningún modo. Todos saben que Neoutof, á su edad ¿no es eso?.... y luego.... Si, es como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer en su huerta.... En fin, querida, al buen entendedor con pocas palabras basta. Quiero que mi casa sea respetable y respetada y pienso que me ayudarás á hacer que lo sea.

Hizo una salida muy magestuosa y dejó á Cleopatra aterrada ante tan profunda maldad.

Cuando se hubo asegurado que estaba sola y que su hermana no volvería, dejó caer su cabeza entre sus manos y lloró. Ella se preservaba de las lágrimas inútiles, porque las lágrimas alteran la belleza; pero esta vez, su corazón estaba herido y la herida necesitaba derramar sangre.

Los coloquios de Neoutof eran una parte de su vida; deseábalos como la alegría cotidiana que esperan más ó menos todos los indigentes de este mundo; era para ella lo que la hora de libertad para el prisionero; el regreso á su casa del colegial; durante la hora que el viejo pasaba á su lado, ella era como una reina, festejada por un excelso paladín; y además, él la hablaba del gran duque.

Por primera vez Cleopatra descendió al fondo de su alma y se interrogó directamente. ¿Amaba al gran duque? En los comienzos de la aventura inverosímil en que se había metido, no le amaba ciertamente; quería llegar á lo menos á las gradas del trono, puesto que el trono ya estaba ocupado. Cleopatra no era de esas personas que turban sin escrúpulos un interior respetado; el respeto que tenía de su propia persona se lo hubiera prohibido por otra parte, y luego su empresa, siempre difícil, se haría imposible si hubiera sido necesario obtener un divorcio; pero no había visto desde luego en Boris sino á un príncipe libre, que podía darle el lugar deseado por su ambición.

Luego.... Pues bien, sí; luego se turbó. La mirada que había inquietado al gran du-

que, no era una hábil comedia. Cogida en su propio lazo, á fuerza de desear inspirar el amor, habia sentido conmovirse su corazón. ¿Era en realidad su corazón? ¿O mas bien era su cabeza?

¡Ah! ¡qué importaba! Que la amase aquel hombre, cuyo nombre era pronunciado en los rezos públicos, delante del que se inclinaban todas las cabezas; aquel hombre que podia, si así lo decretaba el destino, llegar á su vez á ser soberano del inmenso imperio.

Que la amase, y en gratitud, le amaria de tal modo que ningún hombre sobre la tierra no habria recibido jamás una suma igual de felicidad.

Ya ella no despreciaba el amor, lo veneraba, no solamente como una potencia, sino como un dispensador de felicidades, ¿no lo era todo, puesto que podia darlo todo?

Se levantó, bañó su rostro encendido en agua fresca y abrió la ventana para respirar.

La noche estaba aun clara y casi dorada, por más que Julio estuviese ya á la mitad de su camino; el olor del heno venia de lontananza y el de los pinos del bosque calentado por el calor del dia se mezclaba á aquel

de un modo delicioso. Cleopatra tuvo la vision de un bosque donde se pasearia libremente á su antojo con el hombre que amara, durante una noche exquisita, parecida á aque'la. La jóven seria amada y ella tambien amaria.

—¡Oh príncipe mio! murmuró.

De pronto, pareciale que algo se desmoronaba en sus adentros. No estaba segura de amar á Boris. No era en los bosques, en medio de una naturaleza salvaje, donde podia evocar aquella imágen! La imágen no queria aparecerse más que en los jardines ó en las salas iluminadas de un palacio.

—Es él sin embargo á quien quiero, dijo cerrando la ventana.

Irene estaba ante su tocador y concluía de peinarse; al ver á su hermana despidió á su doncella.

—¿Para qué me quieres? dijo en un tono lo menos cariñoso que le era posible.

—Quiero saber lo que deseas que haga. Te has olvidado decírmelo anoche.

La princesa se mordió los labios.

—¿Lo que yo deseo? No necesito decírtelo: lo sabes tan bien como yo.

—Dímelo, te lo ruego, como si yo no lo supiera.

—Pues bien, quiero que ceses de alentar tan escandalosamente los amores ridículos de esa vieja momia.

—¿Es del general conde de Neoutof de quien hablas.

—Del mismo.

Cleopatra, que seguía en pié, apoyó un dedo en el hombro de su hermana.

—Irene, dijo, dile á mi cuñado que hoy mismo salgo de su casa.

La princesa se levantó llena de ira:

—¡Te lo prohibo! dijo rechinando los dientes de rabia.

—No tengo que obedecer órdenes tuyas.

VIII

Al otro día Cleopatra, se levantó muy de mañana, á fin de estar cierta de ver á su hermana ántes de salir. Charamirof partía de ordinario hácia las ocho, é iba á dar una vuelta por los cuarteles de su regimiento, porque era un jefe muy concienzudo.

A las nueve la campanilla de la princesa advirtió que su doncella podía entrar á vestirla. Media hora despues Cleopatra se hizo anunciar.

—Quizás te engañes. Si dejas nuestra casa, le diré al mundo entero que es para entregarte sin obstáculo á tus liviandades...

Los dedos de Cleopatra rozaron la mejilla de su hermana con decidida dulzura; contentóse con esto, aunque haciéndose un esfuerzo extremo.

—Si yo quisiera contar que acabo de dar te un bofetón, dijo Cleopatra, sería quizás cierto... y sin embargo, nadie lo creería...

Irene palideció, con una palidez extrema.

—¿Qué es lo que dices? dijo tan sorprendida que no sabía lo que le pasaba.

—Quiero decir, hermana, que de tí á mí los insultos son inútiles. Si se quedan entre las dos, son como si no hubieran existido. Si el mundo lo sabe, ó bien no lo cree, lo que será hacernos mucho honor, ó bien el escándalo será espantoso... Créeme, hermana, evita en tí y en mí, palabras ó actos que nos harían un daño supérfluo.

Irene bajó la cabeza.

—No puedes, sin embargo, irte de aquí.

—¿Por qué?

—Porque te perjudicaría.

Esto era verdad; pero Cleopatra añadió lo siguiente, que no era asimismo menos cierto

—Además, tu marido no te perdonaría haber infringido hasta ese punto los deberes de la hospitalidad... Vaya, hermana, sepamos vivir juntas. Es un gran sacrificio que hacemos al mundo. Procuremos á lo menos que éste nos recompense. Y por muy penoso que sea para tí, sabe que lo es mil veces para mí, porque soy pobre.

Ya estaba en la puerta.

—No elvides, Cleopatra, dijo Irene en voz compasiva, que sólo el matrimonio puede ser motivo para que salgas de esta casa.

Cleopatra cerró la puerta sin responder.

Habia hecho para contenerse un esfuerzo tan enérgico que todo su ser vibraba de cólera. Torciendo de prisa sus pesados cabellos bajo una toca de plumas, tomó una sombrilla y se dirigió hácia el parque.

A esta hora matinal, el reloj del Palacio daba las diez, el parque estaba en toda su belleza real. La cúpula del pequeño baño turco brillaba como una piedra preciosa, y el puente de mármol parecía aéreo; tanta era la delicadeza con que se destacaba sobre el fondo de los árboles, entónces en todo el esplendor de su follaje. El olor de los tilos llenaba el ambiente como aroma de pebetesos;

el emperador tenía tal predilección por ese perfume que pasaba infaliblemente en Tsarskoe Selo el tiempo que duraban estas flores, á fin de gozar plenamente de su aroma suave. Los cisnes nadaban por el lago; no se estaba aislado en medio de este inmenso jardín inglés, y sin embargo se podía hallar en él la soledad.

Cleopatra tenía necesidad de paz y de silencio. Dejó las orillas del lago, donde algunos paseantes, ya aislados, ya en grupos, la amenazaban con encuentros ociosos, y se dirigió hacia una calle de árboles poco frecuentada de ordinario, del lado de la gruesa torre, falsa ruina, que forma una de las puntas del parque. Allí estaba bien segura de no ver más que niños, acompañados de sus nodrizas.

La sombra y la frescura eran ya apreciables á esta hora, porque el sol brillaba desde hacía largo rato en el cielo, suavemente azul. Un vientecillo hacía estremecer las hojas, trayendo por instantes el sonido de las campanas que tocaban á misa en todas las iglesias de la pequeña población.

A medida que avanzaba, Cleopatra sentía que se le apaciguaba la cólera y la invadida

la pena. ¡Qué desgracia era ser pobre! ¡Qué desgracia no estar por cima de aquella sociedad orgullosa, llena de preocupaciones, hinchada de ridiculeces, cuyos fallos eran más irrevocables que los de los jueces porque en los de estos puede el Emperador intervenir con su indulto! ¿Y quién se ha rehabilitado jamás de una sentenciapronunciada por el mundo?

¡Estar por cima de todo esto! ¡Desafiar los juicios inicuos, imponer la ley á su vez, y entonces, llegada al poder, ser buena, indulgente, tener piedad de los que se engañan, piedad sobre todo de aquellos que son condenados tender la mano á los calumniados, y decir orgullosamente: "¡Esto se hará, porque yo quiero! ¡No llegaría nunca el día en que una mujer de corazón, que hubiera sufrido mucho, se encontrara á su vezentre las dispensadoras de gracias y de beneficios?

—Camina usted de prisa, señorita, dijo cerca de ella una voz que la hizo entremecerse.

El estaba frente á ella, el que podía dársele todo; escoltado de su fiel perro blanco, que se había detenido también, con el hocico olfateando su mano enguantada, él la miraba con singular expresion de interés.

Ella undió en aquellos ojos de señor sus ojos húmedos de vasalla enamorada, y se atrevió á posar la mano sobre la cabeza del lebrél, que la miraba con dulzura.

—¡Parece usted muy conmovida le dijo el hombre, impelido por la necesidad de conocer la clave de aquel enigma viviente.

¡Quién sabe! acaso acababa ella de reñir con aquel á quien amaba en secreto . . . Boris queria saber si verdaderamente ella amaba ocultamente á algun hombre cuyo nombre él ignorase.

—He tenido un disgusto esta mañana, respondió ella sin apresuramiento. Su Alteza Imperial es sobrado bueno por reparar en ello.

—¡Sus ojos han llorado! dijo él sonriendo. Y se puso á marchar lentamente en la direccion que ella traía. El perro blanco, bajando la cabeza, como los de su raza, los seguía, y parecía besar la huella de los pasos de la jóven.

—Hay un infortunio en mi vida, dijo de pronto Cleopatra.

Parecióle que jamás encontraría una ocasion parecida, y que era forzoso ir hasta el fin.

—Esta desgracia es la de ser pobre y depender de otros . . .

—No, monseñor, añadió con un movimiento muy noble y muy natural, respondiendo así á un gesto imperceptible del gran duque. No puedo ni quiero ser otra cosa que pobre y depender de otro; cambiar de dominio, sería descender; actualmente, á lo ménos, no dependo más que de mi familia.

El sonrió ligeramente, y un pequeño movimiento de su cabeza indicó que estaba satisfecho. E la continuó:

—Pero esta dependencia tiene á veces caracteres muy odiosos.

—¿La atormentan á usted?

—¿Pues no se han imaginado tomar en mal sentido el afecto completamente paterno, que me dispensa el general Neoutof?

El gran duque sonrió francamente esta vez. —¡Neoutof! ¡Neoutof! ¿molesta á los parientes de usted? No creía á Charamirof tan necio.

—No es él, monsañor.

Boris comprendió, y cesó de reir. Sabia cuanto puede inventar la malicia femenina.

—Eso no es sério, dijo, Neoutof es el hombre más galante del mundo.

—Pues es precisamente por eso.

—La ama á usted mucho... ¿Siente usted alguna amistad por él?

—Muchísima, monseñor. Su conversacion es una de las más interesantes que conozco.

El gran duque se acordó que Neoutof no le volvió á mentar á Cleopatra desde la es-caramuza que habian tenido con motivo de ella. ¿Era pues posible que el viejo fuese tan susceptible de celos tratandose de su jóven amiga? En ese caso, el pobre hombre era digno de lástima, porque la señorita Bakhtof no era á propósito para representar el papel de coqueta, esto era evidente.

—Lo que me dice es en verdad muy triste, dijo el gran duque, despues de un silencio. Veo que casi no tiene usted más que un medio para salir de esa situacion difícil.

Los ojos de Cleopatra pedian tan claramente que se le dijera cuál era ese medio, que el gran duque se vió obligado á continuar, á pesar de su ligera turbacion:

—Ese medio es tan fácil que no puedo comprender cómo no lo ha empleado usted hace ya mucho tiempo.

En fin, ya se declaraba. Iba á pronunciar la frase que serviria de punto de partida á Cleopatra para las palabras definitivas. Sen-

tia palparle el corazon tan fuerte, que la jóven apenas podia respirar.

—Lo que la sustraeria á la dominacion arbitraria de... de su hermana, si he comprendido bien, seria un matrimonio.

Los ojos de Cleopatra se bajaron de repente; un carmin más vivo coloreó sus mejillas, y pareció en este instante tan bella, que Boris no pudo olvidarla jamás.

—¡Un matrimonio! dijo ella lentamente en aquella voz de terciopelo, potente y moderada á la vez, que completaba tan ricamente las dotes que la naturaleza le habia otorgado..... Un matrimonio, seguramente, monseñor. Una muchacha pobre y altiva, como yo, no tiene otro recurso que venderse legítimamente al que le ofrezca más, aún cuando su inclinacion la lleve hácia otra parte.....

Boris, á su vez, sintió un vuelco en el corazon.

—Entonces, se casa una con aquel á quien quiere, dijo él con una ligera sonrisa que ocultaba honda inquietud.

—Algunas veces, no se puede una casar con quien quiere, replicó Cleopatra pasando su hermosa mano sobre la cabeza del lebel,

que se puso entre los dos, para solicitar una caricia.

—Entonces es cuando, monseñor, se queda una pobre y dependiendo de otro, y con su secreto.

El gran duque debería haberse tenido por advertido; pero su instinto extraño de hombre á quien todo le sale bien, de casi soberano que apenas conoce obstáculos, le impelia á ir más adelante aún.

—Si es cuestion de inferioridad de fortuna, se puede arreglar, dijo él con bondad.

Ella sacudió la cabeza.

—Si es inferioridad de posicion social, hay tambien remedios para eso, continuó él, pero apenas puedo creer que haya usted puesto los ojos en algun inferior.... aunque seguramente no faltan jóvenes oficiales, aunque oscuros, llenos de méritos.... Me seria agradable hacer algo por su dicha.

Ella bosquejó uno de esos gestos semihumildes, con los cuales se dan las gracias á los soberanos por sus favores.

—Su Alteza imperial está lleno de bondad y de delicadeza. El general Neoutof me lo habia ya dicho, así lo sabia de antemano; pero su bondad nada puede hacer por mí,...

El la miró perplejo. Aquel hermoso rostro cubierto de pudor, desmentia estas palabras modestas.

—Lo siento, dijo él turbado. Hubiera querido saber que era usted dichosa con el esposo que eligiera.

—¿Lo hubierais querido, verdaderamente, monseñor?

Su voz se velaba, como Cleopatra misma. El la miró y vió que palidecia mortalmente. Tuvo piedad de ella, al propio tiempo que una viva satisfaccion de amor propio que le penetraba de parte á parte.

—Lo hubiera querido, repitió él, si su dicha hubiera consistido en esa unión; pero si no puede encontrarla....

—Mi reino no es de este mundo, murmuró débilmente Cleopatra, cuyo orgullo no queria soltar presa ni aún en la hora decisiva.

El gran duque la miró durante un segundo con ojos de verdadero amante enamorado, y durante este segundo, la amó, en efecto, apasionadamente.

Ya ella estaba en su mano, estaba él seguro ahora de ella; una palabra, y seria de él.... Casi tuvo ganas de intentarlo. Mien-

tras que vacilaba, ella tuvo conciencia del peligro que corria, porque no estuvo segura de no sucumbir.

—Soy orgullosa, monseñor, dijo la jóven recobrando el dominio de sí misma; mi dignidad y mi honor son mi único patrimonio. Una y otro son inseparables. Yo sabré sufrir en silencio, como ya he sufrido, y ninguna humillacion podrá alcanzarme, porque yo estoy por cima de las ofensas, como vos, monseñor, por cima de todos nosotros.

Le hizo una verdadera reverencia de corte y quiso alejarse, por más que esto fuese contrario á la etiqueta. El extendió la mano para detenerla.

—Espere, señorita, le dijo, quisiera en verdad saber que es usted dichosa, porque lo merece.

—¡Dichosa! exclamó ella con una sonrisa amarga; no sabeis lo que me desea, monseñor.

El tuvo unas ganas violentas de atraerla á sí y de besarle los labios desdeñosos. No hubiera sido hombre si no hubiese experimentado este impulso; pero era un hombre honrado, y esta loca idea no hizo más que atravesar su cerebro.

—Déjeme, sin embargo, decirle, señorita, que siento por usted un afecto sincero; mi amigo Neoutof es en parte constante de él sépalo bien; y si alguna vez tiene usted necesidad de poner á prueba este afecto, sabré manifestarme para con usted como un amigo verdadero,...

—Es demasiado el honor que me dispensa Su Alteza Imperial, respondió Cleopatra inclinándose.

La saludó y la dejó, marchando con pasos breves. Su perro quedó un instante indeciso, no sabiendo si debía seguir á su amo ó permanecer bajo la hermosa mano que acababa de acariciarle; al fin volvió la cabeza hácia el gran duque, y se unió á él con su trote largo, la cabeza baja, como quien no camina completamente contento.

Tampoco Boris y Cleopatra estaban contentos. Ella veía con desesperacion que la ocasion se le iba; él se vituperaba de haber dicho tanto y tan poco. Pronto pensó en otra cosa; más ella no cesó de revolver en su cabeza los menores incidentes de su conversacion.

Poco á poco se hizo la luz en el espíritu de la orgullosa doncella. Despues de todo,

era ya prodigioso que él se hubiera mostrado tan afectuoso hasta aquel punto con ella. No había sido un fútil coloquio de corte, había sido una conversacion amistosa, muy íntima de un amigo que olvidaba voluntariamente las distancias.

Un amigo, era poco, sin duda; él no había comprendido, preocupado quizás por otros pensamientos, la declaracion velada de Cleopatra. La comprenderia mas tarde, ella sabria forzarlo á comprenderla, por aquel dia, era bastante que el la hubiera dado la seguridad de su amistad. . . . La jóven queria cegarse, y lo consiguió al cabo.

Volvió á su casa, con los ojos brillantes, los labios encendidos, fortalecida por la marcha, arrebatada, por decirlo así, á otros mundos. En efecto, ¿no se acababa de abrir ante ella la puerta de un mundo nuevo?

Irene había tenido tiempo de reflexionar, y la increíble accion de su hermana se le había aparecido en toda su claridad. Los dedos de Cleopatra rozando su mejilla, habían tenido intencion de insultarla, no podia dudarle; no era una caricia, sino un bofeton, y como sucede entre los hombres, basta con

indicar el ademán para que la ofensa sea considerada como sufrida.

Esta señorita pobre se había olvidado del respeto que debía á su hermana rica. Esto merecia un castigo, é Irene no retrocedia jamás ante la necesidad de hacer mal á otro. Mientras que su espíritu inventivo ó la casualidad le hubiesen sugerido el medio de hacer mucho mal á aquella enemiga, tanto más odiaba cuanto que la tenia más cerca, se contentó con guardar un silencio altivo cuando estaban solas, conservando, sin embargo, su actitud ordinaria en presencia de Charamirof, que nada sabia, y que hubiese vituperado grandemente á su mujer si hubiese podido sospechar la verdad.